

no. 738

DISCURSO

PRONUNCIADO EN LA REAL ACADEMIA GALEGA

POR

D. Federico Maciñeira y Pardo de Lama

CONTESTANDO AL DE RECEPCIÓN DEL

ACADÉMICO DE NÚMERO D. JULIO DÁVILA DÍAZ

(LA CORUÑA, 30 DE AGOSTO DE 1927)

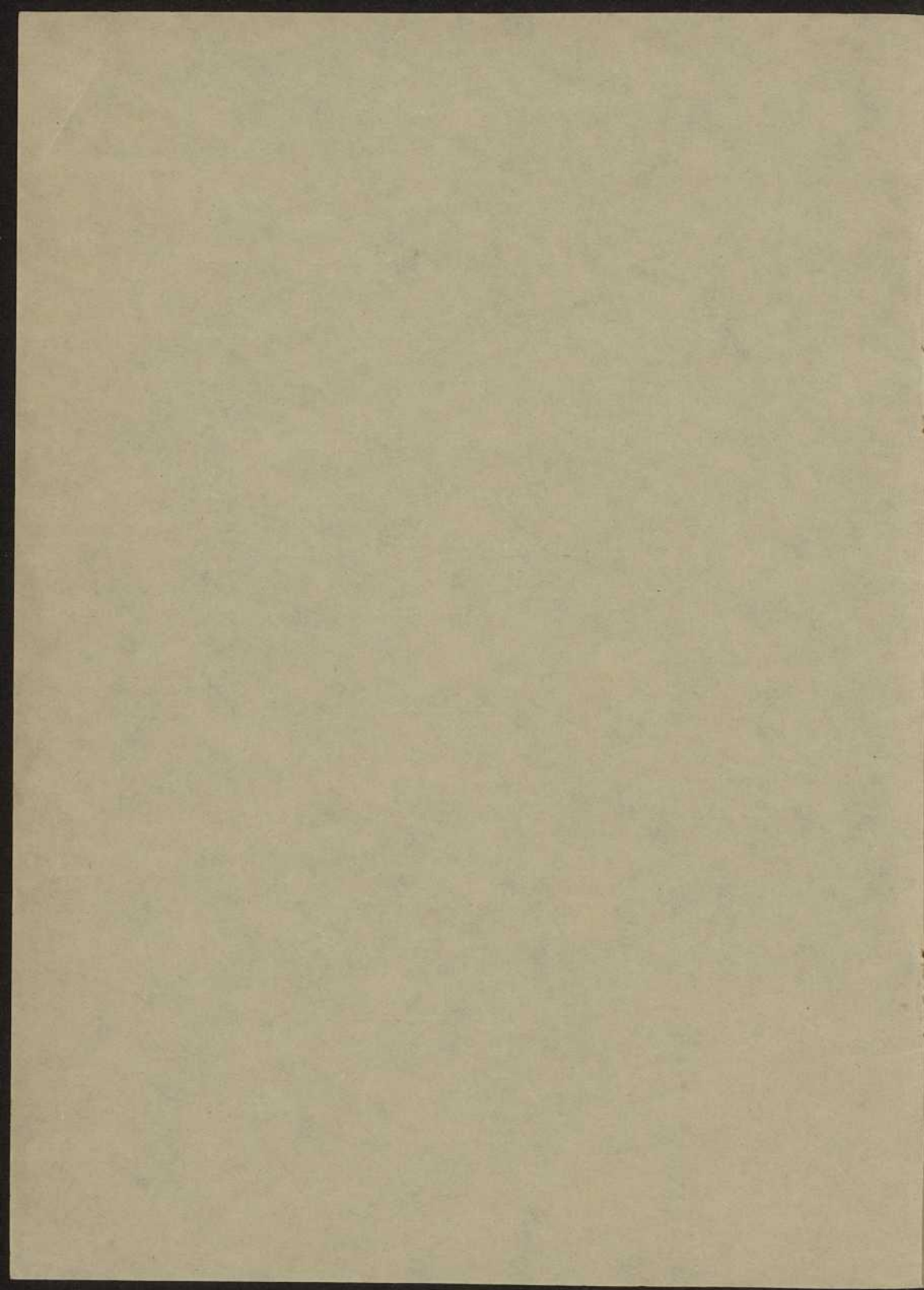


REAL ACADEMIA
GALEGA
A CORUÑA

F-1681

Biblioteca

Imp. ZINCKE HERMANOS
LA CORUÑA



DISCORSO

pronunciato dal Signor ...

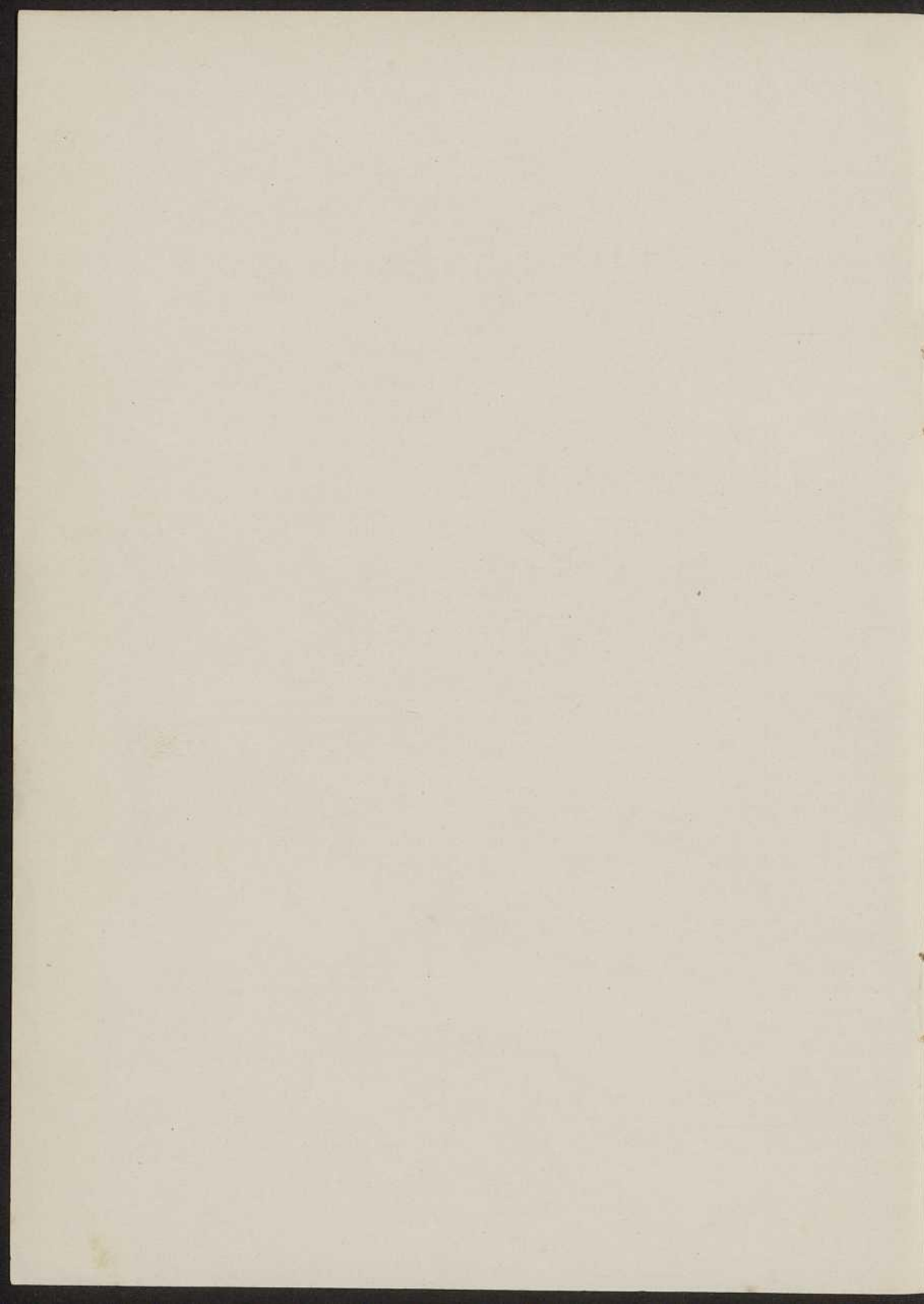
il ...

...

...

...

o. Luigi D'Amico



DISCURSO

PRONUNCIADO EN LA REAL ACADEMIA GALLEGA

POR

D. Federico Maciñeira y Pardo de Lama

CONTESTANDO AL DE RECEPCIÓN DEL

ACADÉMICO DE NÚMERO D. JULIO DÁVILA DÍAZ

(LA CORUÑA, 30 DE AGOSTO DE 1927)



Imp. ZINCKE HERMANOS

LA CORUÑA



582485
Folio
26/1929



Hijos ambos de aquella prodigiosa tierra de ramificadas rías, que preside y señorea desde la confluencia de las aguas del Atlántico y del Cantábrico el alto promontorio Ortegal, de ostentosa cima, que, cual expresó el poeta latino Avieno, al áspero septentrión la presenta; ligados igualmente los dos por un viejo afecto y hermandad de sentimientos, de anhelos y de aspiraciones hacia el amado rinconcillo de nuestro nacimiento, que el espíritu de sacrificio en aras del mismo ha venido a consolidar, y dedicado parte de este acto académico a enaltecer la memoria de un esclarecido publicista gallego que es la más destacada figura intelectual del venerable solar ortigueirés en los tiempos modernos; he ahí las causas de que sea precisamente yo quien a nombre de la Academia tenga el honor de contestar al nuevo compañero, cuando otros con muchos mejores títulos pudieran hacerlo.

Y realmente yerro al calificar de nuevo miembro de la Academia Gallega a D. Julio Dávila Díaz, porque aun aparte de figurar ya de antiguo entre sus más distinguidos correspondientes, su brillante y fecundísima labor en la gran nación argentina, como socio

fundador y tesorero y secretario de nuestra benemérita «Asociación Protectora» en Buenos Aires, donde vino realizando constantemente a favor de esta corporación un trabajo altamente provechoso en todos los órdenes de sus diversas actividades, digno de toda nuestra gratitud, le había de tal manera compenetrado con la Academia, que de hecho se le consideraba ya como elemento activo de la misma, hasta el punto de que tanto el venerable Murguía cuanto el ilustre Martínez Salazar, de feliz recordación, en los tiempos que respectivamente presidían esta institución, le designaron para ocupar uno de nuestros sitios cuando sus negocios le permitiesen retornar de vez a la tierra amada. El ingreso oficial en este momento no viene, pues, a representar más que algo así como una fórmula, a fin de confirmarle reglamentariamente lo que ya en el orden moral se le tenía conferido, por lo cual, al franquearle con la mayor cordialidad las puertas de esta casa, puede muy bien decirsele: bien venido seas a tu viejo hogar.

Laborioso en sumo grado el Sr. Dávila, como educado en la gran escuela de las actividades americanas, y dotado de un espíritu muy sensible y depurado, dirigido por altos ideales, ha puesto generosamente tan excelsas cualidades al servicio de su país, consagrándole cuantos momentos pudo sustraer a las cotidianas obligaciones de sus cargos y empresas, no perdonando medio de contribuir a la mayor gloria y provecho de esta querida tierra. Para ello dedicóse aquí con ahinco, durante las estancias de descanso, y allá, en el continente americano—tan grato a los hijos de Galicia—en medio de la vorágine de la lucha comercial, al estudio y publicación de importantes trabajos en los que expansiona su gran cariño al suelo natal, haciendo de éste una entusiasta propaganda sumamente fecunda.

«El rincón en que se vive—ha dicho Pleindoux en el Congreso de la Asociación francesa para el Progreso de las Ciencias celebrado últimamente en Grenoble—es el laboratorio en que se agrupan los he-

chos, en que se renuevan las observaciones, en que se coordinan, y se llega a la elaboración de las ideas generales, sin las cuales no hay ciencia, ni educación del espíritu»; pensamientos hoy predominantes que han conducido en la compleja ciencia geográfica al estudio de las llamadas regiones naturales, o sea con fisonomía propia,—o regiones geográficas como quieren Lefèvre y otros—que por extensión y apurando el argumento podemos aplicar a cada una de las comarcas que las integran, en las cuales la observación del medio puede aun, si se quiere, mejor depurarse, como, al parecer, comienza a entenderse en Rusia, en cuyos novísimos planes pedagógicos se llega ya a ello.

«No sólo por el estudio científico en sí de la Geografía regional de España—escribe el insigne profesor L. de Hoyos Sainz tratando de nuestras regiones naturales—totalmente sin hacer, sino por ser la base de todos los estudios de aplicación geográfica, es preciso caracterizar las regiones naturales, países o comarcas, elemento esencial y genético del reparto de los hechos fisiconaturales, antropológicos, etnográficos, sociales, históricos y artísticos de un país». Porque—en suma—para llegar a entender la tierra y los hombres, cual muy bien sintetiza el distinguido catedrático gallego Sr. Otero Pedrayo, hacen falta hondas labores aplicadas a pequeños grupos naturales.

Pues bien, D. Julio Dávila, inspirado, como dicho queda, por esa gran pasión hacia la comarca natal que tan poderosamente inflama el corazón de nosotros, los gallegos, y que aumenta siempre en razón directa de la distancia, vino pensando así desde que comenzó a precurarse de laborar por el engrandecimiento del viejo Condado de Santa Marta, y fruto de su clara inteligencia, de su gran laboriosidad y de su enorme perseverancia, así como de sus singulares aptitudes para esta especialidad, han sido monografías de tan apreciable interés cual «Apuntes Geográficos del Partido Judicial de Ortigueira», «Ortigueira», y «Plano general de la comarca ortegalesa», que

en unión del curiosísimo estudio sobre el «Nombre genérico de los hijos de Ortigueira» forman un importante conjunto de materiales de gran valor para el conocimiento de esa localidad.

Y al condensar a medio de cartas, planos, detalladas descripciones, estadísticas y antecedentes históricos la geografía de la extensa región ortegalesa, ha prestado un excelente servicio a los generales intereses materiales y culturales del país, especialmente en orden al estudio del pasado, porque esta comarca, debido al destacado lugar que ocupa hacia el Norte, sobre la ruta de las primitivas navegaciones superoccidentales, determinando—repito—la divisoria de dos mares: Atlántico y Cantábrico, goza de gran abo- lengo en la geografía del mundo antiguo; ya que ella, en efecto, ha constituido la base obligada de rumbos y recaladas en la navegación a vela, a tal extremo que desde el viejo periplo púnico o massialota en que se basó Avieno para componer su famosa «Ora Marítima» hasta Claudio Tolomeo en su renombrada «Guía Geográfica», todos los nautas que informaron los primitivos tratados de ciencia geográfica relacionados con el occidente europeo, cuidáronse muy bien de mentar los cabos y demás particularidades de la costa ortegalesa, con un detalle, incluso en la enumeración de los grupos políticos que la poblaban, revelador, ciertamente, de la enorme importancia que, cual nos confirma el sabio alemán A. Schulten, le concedían. Significación náutica que, pese a los medios modernos de navegación, sigue aun conservando en gran parte este abrupto ángulo de fértiles valles y profundas rías ramificadas que penetran entre los cabos mayores Ortegal, Estaca de Bares y Prior; razones por las cuales importa mucho el minucioso conocimiento de país tan interesante, que los trabajos de nuestro nuevo compañero nos pone bien de manifiesto.

¡Ah! si todas las localidades tuviesen un hombre de las aptitudes y de los arrestos de Julio Dávila, puestos generosamente al servicio de tan importante

género de trabajos ¡cuan completa, depurada y, en suma, hermosa obra podría emprenderse para un detallado y exacto conocimiento de nuestra amada Galicia, hoy por cierto de tanta actualidad, efecto de las corrientes de atracción que el encanto de sus incomparables bellezas naturales, de su moderado clima, de su historia, artísticos monumentos e interesantísimas antigüedades que atesora, empiezan a promover!

Deseando también el nuevo académico consagrar un recuerdo de fervoroso afecto y admiración a su patria de adopción, en la cual tan destacado lugar ocupó en la floreciente colonia gallega, acaba de dar a la publicidad una singular monografía sobre temas de su especialidad: «Por Tierras Guaraníes», en que de manera muy sugestiva nos va relatando la excursión de estudio y de placer que emprendió a través de las ricas provincias septentrionales de la República Argentina, ofreciéndonos unos admirables cuadros de gran color y factura que denomina, «Los Aborígenes», «Por el río de la Plata y el río Uruguay», «Por Entre Ríos, Corrientes y Misiones», «El río alto Paraná», «Las Cataratas del Iguazú», «La raza indígena y su idioma», «A través del Paraguay», «La ciudad de Nuestra Señora de la Asunción» y «El regreso a Buenos Aires por los ríos Paraguay y Paraná». Trabajo de verdadero relieve bajo diversos puntos de vista y por tanto acreedor a todo género de encomios.

Convenidos en reducir este acto a los límites estrictamente indispensables, no me extenderé en hacer más detallada relación de todos los méritos con que efectúa su ingreso oficial en la Academia Gallega, D. Julio Dávila; pero sí en aplaudir con la efusión de un apasionado ortigueirés el gran acierto da haber elegido para tema de su Discurso de ingreso, un asunto tan altamente simpático y tan conveniente cual el de rememorarnos la alta significación con que en el campo de las ciencias y de las letras americanas descolló un meritísimo gallego: el docto profesor don

Benigno Teijeiro; viniendo con ello su cordial panegirista a rendir un nuevo y elevado testimonio de acendrado amor al pueblo natal, al exponernos de manera tan substanciosa el extraordinario valimiento del más preclaro hijo de Ortigueira en la edad contemporánea. Labor que, según acabais de observar en el extracto leído, ha llevado a cabo de manera muy feliz, por lo bien pensado y sentido del esbozo biográfico.

Sumamente alejado de Galicia por el tiempo y el espacio el profesor Teijeiro Martínez, allá en el centro de los dilatados campos argentinos, en la Concepción del Uruguay, las exigencias de sus importantes cargos docentes, tan brillantemente ejercidos, y las de sus estudios sudamericanos, no menos relevantes, habíanle obligado a consagrar toda su poderosa actividad al acrecimiento de la cultura de aquel prometedor país, y ausente, ya desde su juventud, de la tierra nativa, que constantemente añoraba, pero a la cual no pudo volver, pese a los continuos propósitos de hacer—lo que su alma siempre gallega forjaba—la personalidad del señor Teijeiro habíase ido esfumando bastante aquende el Atlántico; motivo por el cual debemos de considerar como muy feliz la idea del nuevo compañero de traernos desde las orillas del caudaloso Plata presente tan grato para nosotros como el de la exhibición de un positivo valor regional que por su sabiduría, por su alta significación intelectual, tanto contribuyó al enaltecimiento de Galicia en aquellas jóvenes naciones Suramericanas, a fin de que le rindamos aquí el debido homenaje de admiración de que le éramos deudores.

No quiere lo anteriormente dicho significar que el ilustre profesor del histórico Colegio Nacional de la Concepción del Uruguay hubiese vivido completamente al margen de la labor cultural de nuestro país, durante sus largos e ininterrumpidos años de expatriación, pues, todo al contrario, con el vivo interés de un buen hijo de su tierra seguía de cerca el movimiento espiritual de la misma, procurando acrecerlo

en la medida que sus medios, elementos y cotidianas tareas se lo permitían a tan larga distancia, cual acaba sumariamente de exponernos el Sr. Dávila y cual con la debida amplitud puede aun mejor advertirse en el extenso estudio biográfico que con un desinterés nunca bastante alabado le dedica el nuevo académico.

Muy dado, singularmente, al estudio del pasado y profundo conocedor de los antiguos cronicones, por ser materia que aun preocupaba a los escritores de los tiempos en que Teijeiro Martínez, antes de ausentarse para la Argentina, hacía trabajos de investigación en algunas bibliotecas gallegas, la historia regional le es deudora de una plausible obra. «Historiadores Gallegos» en que principalmente analiza la del «P. M. Fray Felipe de la Gándara» —«ensayo crítico-histórico y bibliográfico acerca de su tiempo y de sus obras» (edición única de 200 ejemplares),— constituyendo tan erudito trabajo una notable labor depuradora de aquellos famosos libros que tanto han influido sobre las elucubraciones históricas del país en los siglos xvii y xviii, maleándolas en grado sumo. No habiendo podido pasar nuestro ilustre paisano del volumen II consagrado a Fray Fernando Ojea, cuando el plan de la obra comprendía también al P. Pascasio de Seguí y al P. Juan Alvarez Sotelo; así como a D. José L. Labrade; D. José Vereá y Aguiar; D. Leandro de Saralegui; D. Leopoldo Martínez Padía; D. Benito Vicetto; D. Manuel Murguía; Barros Sivelo; Villaamil y Castro; López Ferreiro; Neira de Mosquera, y otros autores de monografías y crónicas locales.

Con la expresada publicación de los volúmenes 1.º y 2.º, consagrados—repito—a los PP. Gándara y Ojea, ha prestado el esclarecido autor hispanoamericano un señaladísimo servicio a la erudición galaica, digno ciertamente de los mayores elogios y de que su nombre quede asociado al de los Fajardo y Fray Alonso Pernas que desde distintos campos de la humana actividad más ennoblecieron aquel ilustre solar

ortigueirés por viejas leyendas levantinas rememorado; por el gran Ariosto cantado en la famosa epopeya caballeresca «Orlando Furioso» como residencia de la princesa Isabel «cabe un río caudaloso», y, en fin, por Lope de Vega, el *Fenix de los ingenios*, bellamente descrito en valientes estrofas a su escudo de armas dedicado en la obra dramática «El primer Fajardo».

Y esto es, señores Académicos, lo que en brevísimos términos, en los puramente indispensables, puedo expresar en relación al grátisimo acto que aquí nos congrega, saludando cordialmente y dándole la más efusiva bienvenida en nombre de esta docta corporación al nuevo compañero D. Julio Dávila Díaz, de cuyas grandes virtudes y talento confiadamente espera la Academia nuevos y fecundos frutos.

NOTA

El discurso del académico recipiendario es un amplio resumen de su obra «Benigno U. Martínez—Su vida y su obra—Apuntes biográficos-bibliográficos», dada a publicidad en el mismo día en que se celebró este acto académico, y cuyo discurso lleva por preámbulo los siguientes párrafos:

SEÑORES ACADÉMICOS:

Por cariñosos requerimientos de dos ilustres compañeros, cuya memoria perdurará en el seno de esta docta Corporación, don Manuel Murguía y don Andrés Martínez Salazar, me comprometí, hará cosa de ocho años, a aceptar el honrosísimo cargo del cual hoy tomo posesión. Y nada más lejos de mi ánimo, entonces, el que esta aceptación llegase a ser un hecho real: en aquella fecha retornaba yo a América para seguir la lucha por la vida, dejando a aquellos ilustres varones confiados en mi palabra, la que yo no podría cumplir desde que, por imperio de nues-

tra carta orgánica, tal nombramiento debía tener un plazo determinado para caducar.

No fué así. Si durante el largo intervalo de tiempo que duró mi ausencia no olvidé a esta Corporación, consagrándole en Buenos Aires mis mayores entusiasmos, tampoco a mi se me olvidó, y mi asiento entre vosotros, esperándome, continuó vacío.

Regresé: en el transcurso de estos años aquellos dos ilustres varones pagaron, desgraciadamente, el debido tributo a la muerte; solamente encontré su santo recuerdo en esta casa. Sus sucesores esperábanme para instarme a que cumplierse mi palabra, y, al fin, aquí me tenéis para preguntarme yo, a mí mismo, lo que me pregunté el primer día en que se me propuso tan elevado sitio, y parodiando a nuestro inmortal poeta: *¿E quién son eu?*

Yo no soy nadie; yo no tengo méritos suficientes para ocupar este asiento que dejó vacante el sabio catedrático de anatomía descriptiva y rector, varias veces, de la gloriosa Universidad de Santiago de Compostela don Francisco Romero Blanco; yo no tengo más méritos que ser un admirador de vuestra obra, un amante de esta bendita tierra gallega y un idólatra del currunchu nativo, de Santa Marta de Ortigueira, al que consagré mi modestísima labor intelectual en diversas formas.

Mi ilustre antecesor dejó un enorme bagaje científico. Solamente su obra «Angio-Neurología», estudiando el sistema nervioso, es lo bastante para que su nombre haya pasado a la posteridad; su colaboración en la prensa santiaguesa, sobre asuntos políticos y especialmente literarios, muchos de estos escritos en nuestro idioma gallego, son lo suficiente para que la literatura regional recoja su nombre en las antologías; y las polémicas filosófico-teológicas, publicadas con el seudónimo de «Franco Robla», han demostrado que su paso por el seminario, cuando cursó estudios eclesiásticos, fué muy aprovechado.

Como catedrático, si alguna vez sus discípulos se han quejado de su rectitud y severidad, reconocieron siempre que sus lecciones de clara exposición y palabra precisa y persuasiva, encerraban la sabiduría del gran hombre de ciencia.

Y ya que el reglamento de nuestra Corporación impone a los recipiendarios la obligación de «leer en la junta en que tomen posesión un discurso, cuyo tema podrán elegir a su gusto», en homenaje a la grata memoria de este insigne anatómico y filósofo, condensaré en breves cuartillas la personalidad y la obra de otro

insigne gallego, don Benigno Teijeiro Martínez, ha poco tiempo desaparecido de entre nosotros; maestro también de varias generaciones y publicista de una labor asombrosa, que allá en tierras de América honró a su patria, honró a su raza y honró, con su sólo nombre, a esta Academia.

Desde hoy queden unidos los nombres de estos preclaros varones que por su ciencia y sus virtudes dejaron tras de sí una gran estela de gloria para esta amada tierra gallega.

